

Impresiones de Yanquilandia

OSCAR WILDE

Traducción de Susana Carral

Rey Lear. 70 pp. 9'50 euros

A finales de 1881, Oscar Wilde, el poeta diletante y maldito que hizo de sí mismo su mejor obra, y de sus ocurrencias su obra más feliz, viajó a Estados Unidos para dar unas conferencias. En la aduana sólo declaró “su ingenio”, pero cuando regresó al Reino Unido al cabo de dos años llevaba en su equipaje mil anécdotas que volcó en estas *Impresiones de Yanquilandia* que ahora recupera Rey Lear. Y este librito muestra su evolución: si al principio le impresionó (desfavorablemente) “el desmesurado tamaño de todo” y se lamentaba de que “cuando los americanos han procurado producir belleza, el fracaso siempre ha sido evidente”, o del ruido –“Por la mañana no nos despierta el canto del ruiseñor sino el silbato de vapor”–, poco a poco fue enamorándose hasta proclamar que merecía la pena visitar un país “capaz de enseñarnos la belleza de la palabra LIBERTAD y el valor de la EMANCIPACIÓN”.

Su caricatura del americano medio, con todo, fue siempre feroz, ya se tratase de retratarlo en un banquete o como turista en Europa obsesionado por reparar las ruinas griegas, ya que “para él el arte no es motivo de asombro, la belleza no tiene significado y el pasado no ofrece mensaje alguno”. Fotos, grabados y un ensayo sobre Whitman completan esta joyita literaria. **P. CORRO**

El Japón de Murakami

CARLOS RUBIO

Aguilar. Madrid, 2012 560 páginas, 20 euros

Este voluminoso libro con título no se sabe si de tesis doctoral o de artículo de suplemento dominical viene firmado por una de nuestras grandes eminencias en literatura y cultura japonesas, Carlos Rubio, no sólo traductor de casi una docena de clásicos de primer orden sino también de varios manuales de literatura nipona. Galardonado con la medalla al mérito cultural del Gobierno de Japón, Carlos Rubio es, en el mejor sentido de la palabra, un profesor universitario de manual: expeditivo, claro, cargado de datos y con un estilo neutro al servicio de la transmisión de todos ellos. Y es también en el mal sentido de la palabra un profesor universitario; no es improbable que a las doscientas páginas uno vea el entusiasmo con el que comenzó su lectura realmente mermado.

El problema del libro no está ni en el tema (real) del libro: un excelente repaso por la historia, la cultura y la literatura japonesa del último siglo, ni en la claridad de su exposición (Carlos Rubio es, repito, de lo más competente), sino en la irritante idea que estructura toda la obra: ese Japón de Murakami tan desconcertante como habría sido un libro de quinientas páginas que se titulara “La España de Javier Marías”. Carlos Rubio pone todo su esfuerzo y su erudición

al servicio de una “ocurrencia” de editor y se ve, literalmente arrastrado por ella y obligado a justificarla. El resultado es un texto que bien podría estar salpicado por decenas de ejemplos literarios de tantos otros autores (digámoslo también: mucho más talentosos que el cacareado Murakami) pero que se ve circunscrito temáticamente a una bibliografía cuando menos limitada.

Olvidado este pequeño percance, tan difícil de olvidar por momentos, el libro de Carlos Rubio es una especie de curso acelerado de cultura nipona que bascula entre la guía de viajes (al estilo de qué no se debe hacer con los palillos o doce sugerencias para hacer cinco días en Tokio), el telegráfico manual de historia, o de literatura, y la competente explicación en tres páginas de fonética histórica japonesa. En cierto modo la convicción de Carlos Rubio de que Japón entero está dentro de

Tal vez la manera más fructuosa de leer este libro sea la de ir atentando sistemáticamente contra su propio título e ir leyendo todos los capítulos que nada tengan que ver con Murakami.



la obra de Murakami crea la red sobre la que se teje un manual que podría haber sido (si no se hubiese cruzado con un editor demasiado ansioso por que apareciera la palabra “Murakami” en el título) con una obra solvente pero que tampoco ha definido exactamente su objetivo. Porque a uno le cabe preguntarse en qué circunstancias se animaría a leer un libro como éste: como guía de viajes resulta demasiado extenso y prolijo, como libro generalista demasiado poco extenso si se quiere profundizar en la materia, como curiosidad sobre Murakami demasiado excesiva y como tesis doctoral demasiado literaria.

Tal vez la manera más apropiada y fructuosa de leer este libro sea la de ir atentando sistemáticamente contra su propio título e ir leyendo todos los capítulos y epígrafes que nada tengan que ver con Murakami. Se tendrá así una visión más aproximada no sólo de un Japón más acorde con la realidad sino también más cercano a la seriedad que mantiene la mayor parte del tiempo Carlos Rubio en su intención. **ANDRÉS BARBA**